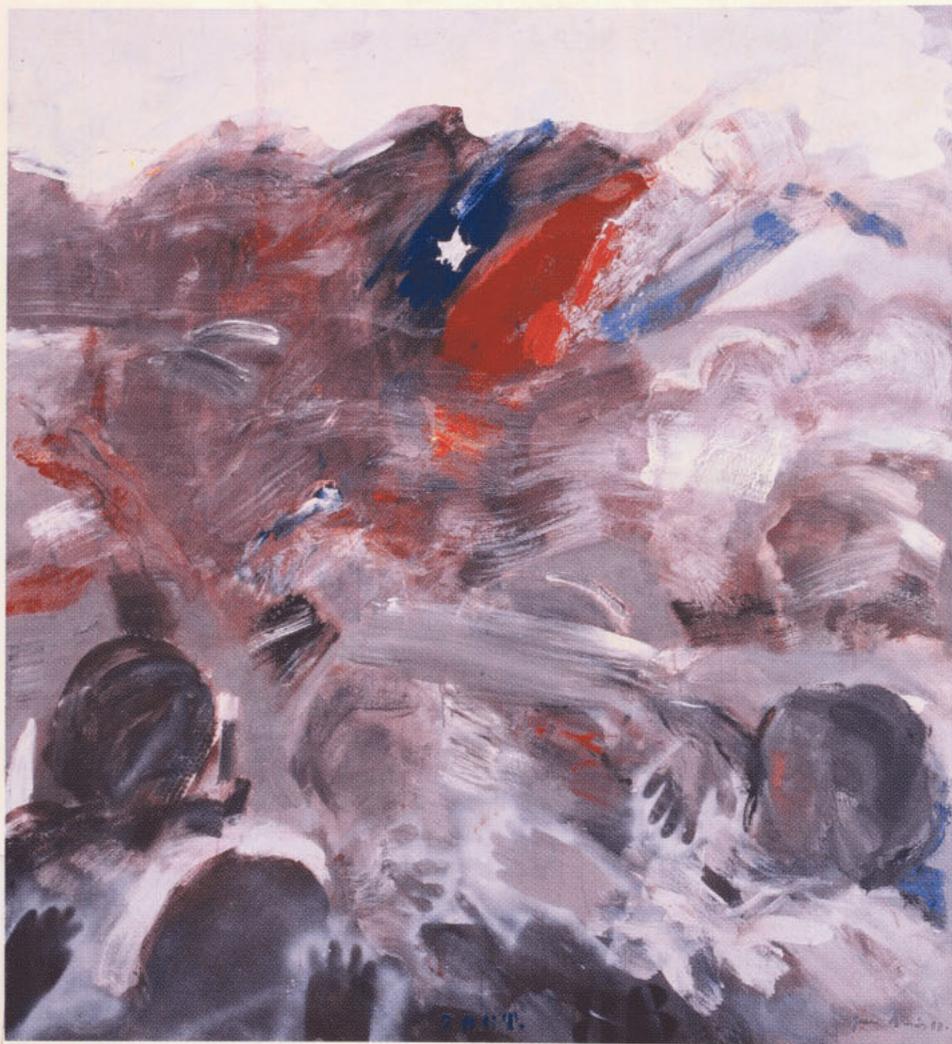


¿ La concertación desconcertada?

Reflexiones sobre su historia y su futuro

Eugenio Ortega R. / Carolina Moreno B.
Compiladores



Patricio Aylwin / Jaime Castillo Velasco / Germán Correa / Carmen Frei
Eduardo Frei / Ricardo Lagos / Arturo Martínez / Sergio Molina
Ricardo Núñez / Fanny Pollarolo / Enrique Silva Cimma / Eugenio Tironi / Carolina Tohá / Gabriel Valdés

Índice

Introducción	7
Jaime Castillo Velasco	9
- Una patria para todos (6 de octubre de 1977)	15
Gabriel Valdés	21
- Ahora es cuando (6 de agosto de 1983)	29
- Exigimos democracia (12 de noviembre de 1985)	42
Ricardo Núñez	51
- Manifiesto democrático (agosto de 1983)	59
- Alianza democrática: "Bases del diálogo para un gran acuerdo nacional"	62
Enrique Silva Cimma	69
- Pueblo de Santiago, pueblo de Chile (18 de noviembre de 1983)	76
- Bases de sustentación del régimen democrático (10 de noviembre de 1986)	82
Sergio Molina	97
- Acuerdo nacional para la transición a la plena democracia (25 de agosto de 1985)	105
Carmen Frei	111
Fanny Pollarolo	121
Carolina Tohá	127
Arturo Martínez	135
- Concertación social: Desarrollo, democracia y equidad	143
- Discurso pronunciado por Manuel Bustos Huerta (1 de mayo de 1992)	147
Germán Correa	153
Eugenio Tironi	161
- Declaración Concertación de los partidos políticos por el NO	168

- Programa básico de gobierno	171
Patricio Aylwin	215
- "O la tumba será de los libres o el asilo contra la opresión" (1 de octubre de 1988)	222
- Discurso de s.e. el Presidente de la República, Patricio Aylwin Azócar (12 de marzo de 1990)	226
- "Para que nunca más en Chile..." (4 de marzo de 1991)	232
Eduardo Frei Ruiz-Tagle	239
- Discurso de s.e. el Presidente de la República, Eduardo Frei Ruiz-Tagle (12 de marzo de 1994)	246
Ricardo Lagos	251
- Chile: Los grandes temas y tareas de la reconstrucción (diciembre de 1983)	259
- Discurso del Presidente de la República Ricardo Lagos (12 de marzo de 2000)	272
Anexo:	
- El alma de Chile. Cardenal Raúl Silva Henríquez	279



Eduardo Frei se integra a la vida política una vez desaparecida la figura de su padre (1982) que se había alzado como el líder de la oposición en el plebiscito convocado por Pinochet para intentar legitimar la Constitución de 1980. Abandona la actividad privada y se dedica exclusivamente a la acción política. Se integra al Comité por las Elecciones Libres que buscaba crear un mensaje a la ciudadanía de que era posible inscribirse en los registros electorales y organizarse para garantizar la limpieza del proceso plebiscitario que se acercaba para decidir la continuidad del general Pinochet en el poder. Participa activamente en la movilización por el NO, en la elección Presidencial de 1989 siendo elegido senador por

Santiago con una de las más altas mayorías. Fue Presidente de su partido, la Democracia Cristiana y se constituye en una alternativa presidencial para suceder a Patrio Aylwin. Fue electo Presidente de Chile en 1994 con una de las más altas mayorías que recuerde la historia electoral. Su gobierno fue exitoso en casi todos los aspectos. No es el momento de hacer un balance de él, pero el gran mérito es que, con todos los inconvenientes de la recesión mundial que afectó a la economía chilena, entrega la banda presidencial a otro líder de la Concertación de Partidos por la Democracia proveniente de otra de las corrientes que conformaron el Arco Iris. Con ello se da un paso más para que la transición a la democracia se consolide.

A su juicio, ¿qué hizo posible la Concertación?

El impulso inicial fue la constatación de que había un conjunto de fuerzas políticas en Chile que habían estado muy alejadas producto del fuerte enfrentamiento que protagonizaron en las décadas del sesenta y setenta. En un momento dado se determinó que para revertir la situación en que estábamos y volver a un sistema democrático era necesario llegar a acuerdos y dejar atrás el pasado. Había llegado un momento, después de prácticamente diez años de dictadura, en el que era necesario hacer un cambio interior, ya que eran más las cosas que nos unían que las que nos separaban. De este modo se gestó un gran movimiento que permitió construir confianzas y crear una estrategia pacífica para volver a la democracia. A través de una reflexión en conjunto, fuimos capaces de hacer emerger, de

nuestras diferencias de ayer y de los dolores de esos tiempos, una alianza para el gran objetivo de reconquistar la democracia.

¿Cómo se gestaron las conversaciones entre socialistas y demócratas cristianos?

Se gestó en muchos ámbitos. Primero en el exilio y en Chile a través de la coordinación para organizar la movilización social y política. Gabriel Valdés tuvo en esta etapa un gran papel, así como también Enrique Silva, Ricardo Núñez y muchos otros. Segundo, en los institutos y centros académicos. Nosotros, por ejemplo, creamos la Fundación Frei el año 1982, después de la muerte del Presidente Frei Montalva, donde propiciamos encuentros para reflexionar y debatir acerca de lo que estábamos viviendo. Lo mismo se hizo simultáneamente en otros lugares, a los cuales se fue incorporando progresivamente la base social. Era la única forma de hacerlo, porque el mundo de la Concertación no estaba en cargos de gobierno, la actividad política estaba proscrita, no había parlamento y los alcaldes eran designados.

A su juicio, ¿cuáles fueron las principales promesas o sentidos de futuro que le dio la Concertación a la gente?

El principal sentido de futuro era construir la democracia, volver a un régimen de libertad, de justicia, de solidaridad, de convivencia pacífica, de defensa de los derechos humanos y de recuperar el sentido histórico de Chile. Porque este era un país que tenía una larga historia de más de ciento sesenta, ciento setenta años de vivir en democracia. Con altos y bajos, seguramente con complejidades, pero había una continuidad histórica de tradición republicana. Para Chile, salvo hechos puntuales y muy breves, el régimen militar, a diferencia de otros países latinoamericanos, era una cosa inusual, al igual que las violaciones a los derechos humanos. No eran parte de nuestra historia, de nuestra cultura. Chile era un ejemplo en el mundo por su democracia, por el respeto a las libertades civiles, por su convivencia y pluralismo. Creo que ese es el sentido épico que tiene la Concertación, el haber logrado retomar el curso histórico de Chile.



¿Y esas promesas se han cumplido?

Uno de los grandes debates que hubo antes del año 1988 fue si la oposición de ese entonces debía o no participar en el plebiscito y si debíamos someternos a las normas establecidas en el marco institucional creado por el régimen militar. Yo participé desde fines de 1986, en la campaña por las elecciones libres, que una vez convocado el plebiscito derivó en una gran campaña de inscripción electoral para que la gente participara, pues muchos dudaban de la transparencia del proceso. Finalmente, se inscribieron más de 7 u 8 millones de personas. La tesis nuestra era que si convencíamos a la gente de que si el plebiscito se desarrollaba en forma limpia, con registros electorales nuevos, que no existían, y con acceso a la TV, teníamos la posibilidad concreta de ganar y así derrotar a través del voto al régimen. Eso se cumplió y logramos conquistar la democracia para todos los chilenos.

Ahora bien, si uno mira lo que es el Chile de comienzos de 1990 con el Chile de hoy, nos daremos cuenta que los avances políticos, sociales y económicos han sido notables. Hemos cumplido más de lo que muchos creen y menos de lo que el pueblo necesita. Evidentemente quedan tareas pendientes. Por ejemplo, estamos inmersos en una gran reforma a la salud, pero ésta es hoy posible gracias a lo realizado en estos últimos diez años. La inversión en salud en los últimos diez años es inédita en Chile, el 40 o 50% de toda la infraestructura sanitaria de Chile se construyó en los gobiernos de la Concertación. Hablar el año noventa de reformar la salud no tenía ningún sentido porque había que comenzar a reconstruir todo.

Tenemos claro que no hemos resuelto todos los temas. Repito, hay tareas pendientes, muchas de ellas urgentes. Pero hemos reducido, por ejemplo, la pobreza. El año 1987-1988, había un 45% de chilenos bajo la línea de pobreza, hoy es menos de la mitad, un 21%. Aún es mucho, pero en el mismo tiempo, en América Latina sucedió al revés, la mayoría de los países han aumentado sus niveles de pobreza. Chile los disminuyó.

Entonces creo que los cambios han sido grandes. Chile es otro país, absolutamente distinto al que conocimos cuando lo recorrimos en 1986 para convocar a la inscripción electoral y después en la campaña del NO. Recuerdo que cuando me incorporé al Comité de Elecciones Libres y empezamos a recorrer el país, como no se podía hacer actividad política, nosotros más bien hacíamos actividades cívicas, es decir, nos reuníamos con pobladores para invitarlos a que tomaran conciencia de la importancia que ellos tenían en este proceso. Al comienzo fue difícil porque la gente todavía tenía mucho miedo, algunos ni siquiera se atrevían a asistir a las reuniones, pero poco a poco se fue ampliando hasta que llegamos a 1988, año en que hubo una verdadera explosión. Todo el mundo corrió a inscribirse y ello permitió que ganara el NO. Fue cumplir la gran promesa de la libertad y de la dignidad de la gente. Recuperamos la libertad para luchar para enfrentar otros desafíos.

Hay gente, que estaba con la Concertación en esa época, que dice que la alegría no llegó, que este sentimiento que se reflejaba a través de la campaña del NO, de "la alegría ya viene", esa promesa de integración social no se cumplió. ¿Qué pasó?

Se cumplió. El objetivo del mensaje de "la alegría ya viene" fue para decir que si se ganaba el plebiscito llegaba la democracia, la libertad, el respeto a los derechos humanos, y la construcción de una sociedad más diversa y justa. ¡Qué más alegría puede tener un pueblo que lograr el respeto a su dignidad!

Es la eterna discusión acerca de si la transición terminó o no terminó, que es un tema para los académicos. Pero, a mi juicio, el día en que el Presidente Aylwin asume la Presidencia de la República comenzamos a vivir en democracia. Ahora, lógico, no es la democracia que todos queremos, hay que perfeccionarla. Pero si bien no hemos podido realizar todas las reformas a las que aspiramos, igual hemos logrado democratizar los municipios, modificar la composición de la Corte Suprema, estamos cambiando el sistema judicial, etcétera. Si uno hace un análisis de lo que han sido los avances en todos los campos, educación, infraestructura, justicia social, salud, inserción internacional y otros, ningún observador con un mínimo de objetividad puede negar que hemos impulsado transformaciones muy grandes que han cambiado a Chile.

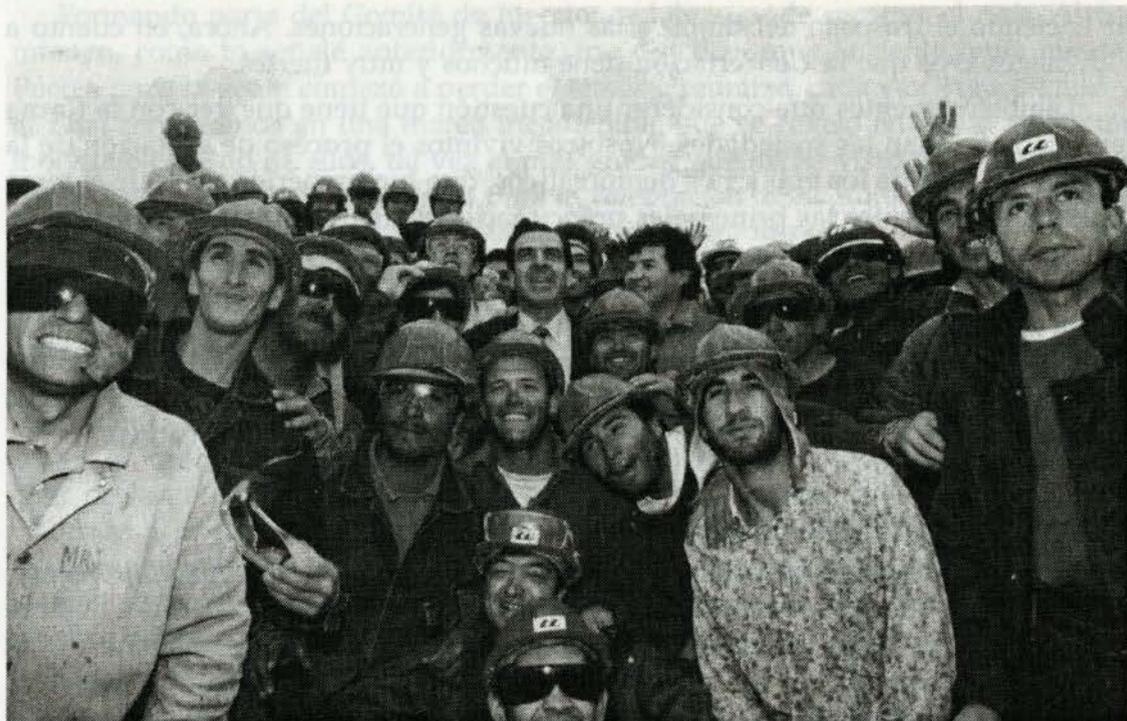
Ahora, esos momentos que vivimos en el pasado, como la campaña por el NO, son épicas, son epopeyas que no se repiten. Marcan la vida. Después de diecisiete años de autoritarismo, fue la gran convocatoria ciudadana para derrotar a la dictadura, fue una gran gesta, pero irrepetible. Al igual como lo fue la Marcha de la Patria Joven de los años sesenta. Son momentos épicos que nos llenan de nostalgia, pero son el pasado. La herencia que recibimos es que nos ganamos el espacio espiritual de la libertad y la oportunidad de crear otros movimientos sociales y culturales con otros horizontes de futuro inspirados en los hitos de nuestra historia. La integración y la participación social son desafíos permanentes que hay que recrear y renovar. Estoy convencido de que sí debemos trabajar con la gente para que los logros espirituales y materiales que hemos conseguido sirvan para hacer más humana y solidaria la vida cotidiana de las familias chilenas.

¿No existe un malestar por la desigualdad en el ingreso y en las oportunidades?

Otra forma de integración es la participación en el ingreso. Si usted me pregunta cuál era el ingreso per cápita de los chilenos en los ochenta y lo compara con el actual, hay que reconocer que para muchas familias éste se ha multiplicado. Bueno, somos el doble del país que fuimos en esa época. Sin embargo, no podemos negar que aún no resolvemos los problemas de marginación e inequidad que viven los chilenos. Esa es una realidad grave y compleja que debemos asumir. Pero intentar o pretender desconocer con este argumento el tremendo cambio que ha tenido Chile en estos últimos doce años, me parece que es poco serio y poco objetivo. En este sentido, lo más grave es que algunos, al hacer un diagnóstico equivocado de la realidad social, política y económica del país, aportan soluciones erradas.

El problema que tenemos hoy es que nos acostumbramos en la década de los noventa a crecer a tasas del 6 y el 7%, con prácticamente pleno empleo, con una alta tasa de inversión y con cada vez más personas accediendo a la educación, a la casa propia, a mejores hospitales y caminos, y, en general, a bienes de todo tipo. Entonces, las expectativas de la gente son mayores y muy diferentes a las de hace doce años. En ese sentido, somos un poco víctimas de nuestro propio éxito. Con esto no quiero decir que somos un país desarrollado. Esa es nuestra gran meta, pero el avance ha sido notable.

Ahora bien, debemos considerar que este malestar está muy influido por la contingencia. Estamos en un momento coyuntural difícil por la situación externa, pero es indudable que en algún momento vamos a retomar las tasas de crecimiento del 5 ó 6%. Ese es el gran camino para lograr acercarnos a ser un país desarrollado el 2010.



Y hablando de esas tareas, ¿cómo ve usted actualmente a la Concertación?

Siento que en el último tiempo se ha perdido el espíritu concertacionista. Falta una visión de futuro. Estamos muy encerrados en temas de la coyuntura y hemos carecido de la capacidad, que sí tuvimos antes, de formular propuestas al país. Nosotros como Concertación no nos podemos agotar en lo que es la gestión del gobierno. La Concertación tiene que ir mucho más allá y para eso son las fuerzas políticas. Así como tienen la responsabilidad de gobernar también tienen el deber de proyectarse hacia el futuro y ahí estamos en deuda. Entonces, ¿cómo la Concertación es capaz de plantearse una perspectiva de futuro? Yo creo que ese es el gran desafío. Para ello se requiere antes que nada renovar nuestros afectos y nuestro compromiso de seguir juntos por el bien de Chile.

Y si la Concertación sigue en esa inercia, ¿cuál es el futuro de ella?

Evidentemente que el futuro es incierto porque la gente hoy día vota por el futuro y no vota solo por el pasado. Nadie está votando hoy día en función de lo que fue 1988. En ese sentido, nosotros tenemos el respaldo de una historia de consecuencia de lo que hemos hecho y a partir de eso, tenemos que proyectarnos hacia adelante y ser capaces de ofrecerle a la gente una perspectiva de futuro. Y eso hoy no existe y en la medida que sigamos así va a ser muy difícil continuar gobernando.

¿Existen líderes dentro de la Concertación que entreguen ese sentido de futuro que hace falta?

Sí existen. Lo que pasa es que no hay que olvidarse que aquí pasamos prácticamente dos décadas en que no hubo actividad política. Desde ese punto de vista toda la gente que emergió a fines de los ochenta eran personas que estuvieron prácticamente congeladas durante veinte años desde el punto de vista de la acción política. De todos modos, es necesario que la Concertación tenga la capacidad de

ir haciendo el traspaso del timón a las nuevas generaciones. Ahora, en cuanto a liderazgos creo que la Concertación tiene muchos y muy fuertes.

También tenemos que considerar una cuestión que tiene que ver con la forma en que funcionan las sociedades. Nosotros vivimos el proceso de gestación de la Concertación y de los gobiernos democráticos, que fue un período en que el tema político estaba entre las principales preocupaciones de la gente porque vivíamos en dictadura y no habían libertades. Ahora, en la medida que se alcanza la normalidad institucional y volvemos a la democracia, lógicamente que la política vuelve a ocupar su espacio como una actividad más de tantas que tiene el país, mientras que la sociedad se despolitiza y tal vez por eso es que la gente tiende a no visualizar con la misma claridad de antes la aparición de nuevos liderazgos que puedan adoptar mayores responsabilidades en el futuro.

¿Y habría alguna forma de renovar la Concertación?

La única renovación posible es en base a un proyecto, a una visión de futuro. Pero siempre que este nazca desde la sociedad, desde la cotidianidad del hombre y de la mujer de todos los días. No creo en proyectos proféticos de un hombre o un grupo de iluminados. La gente, cuando se trata de elegir parlamento o gobierno, mira la historia de cada uno, pero al mismo tiempo, está pensando en si el mensaje que se entrega tiene relación con sus sueños, sentimientos y dificultades cotidianas.

En función de eso, tenemos que diferenciar. Los gobiernos tienen un día de inicio, un día de término y un programa que cumplir. En cambio, los partidos y las coaliciones tienen una tarea mucho mayor que es, no solamente interpretar los anhelos de la sociedad, sino que conducir y señalar rumbos. En definitiva, eso es liderazgo.

Los grandes movimientos sociales no nacen de un gobierno ni por generación espontánea, nacen de la conducción. Hay lógicamente situaciones excepcionales que se dan en la historia, pero básicamente reencantar a la gente y darle un sentido a su futuro mediante un proyecto, requiere raíces en la sociedad y desde allí construir una propuesta, ideas, programas con un perfil y objetivos claros. Eso es lo que falta hoy día y es función de los partidos, pero en la actualidad no lo tiene ni la Concertación ni la oposición.

¿Y cómo ve a su partido y a los otros partidos dentro de la Concertación?

Yo siento que en el último tiempo el espíritu con que se trabajó durante casi quince o veinte años está muy deteriorado. No hay un colectivo de amistades, solidaridad, lealtad y confianza como lo vimos desde mediados de los ochenta, hasta prácticamente, finales de los noventa. Si no revertimos esa situación, difícilmente vamos a lograr la confianza de la gente.

Cuando usted habla de la campaña del NO y también de su gobierno, ¿qué sentimientos le invaden?

Bueno, son cosas distintas. Sin duda que si hubiera que señalar dos momentos en los últimos cuarenta o cincuenta años de política chilena, yo creo que hay dos muy nítidos. Uno es la Marcha de la Patria Joven, a comienzos de los años sesenta, que realmente fue un movimiento épico que remeció al país. Y después está la campaña del NO.

Formando parte del Comité de Elecciones Libres pude recorrer el país. Al comienzo, como lo señalé anteriormente, fue difícil porque la gente tenía miedo. Poco a poco la gente empezó a perder el temor a reunirse, cada vez llegaron más y al final terminamos en una marea incontenible que se reflejó en dos o tres actos inolvidables. Uno de ellos, tal vez el más grande que yo he visto en la historia de Chile, fue en el Parque O'Higgins para la celebración del triunfo del NO, que nos dejó la sensación de que por fin habíamos recuperado nuestra historia. Es muy emocionante recordar y haber sido parte de esa gesta maravillosa que unió a tantos que antes estuvimos tan divididos.

El tema de mi campaña a la presidencia fue distinto porque ahí se trataba de consolidar un proceso iniciado por el gobierno del Presidente Aylwin. Cuando formulamos nuestro programa de gobierno, lo hicimos a través del país, reuniéndonos en cada región con distintas personalidades locales. Gracias a la participación de la gente fuimos diseñando las tareas que teníamos. Ahí surgieron las reformas a la educación y a la justicia, la necesidad de mejorar nuestra infraestructura, de abrirnos al mundo y tantas otras cosas que luego hicimos en mi gobierno. Al terminar mi mandato me embargó la sensación de haber cumplido con nuestro deber.